

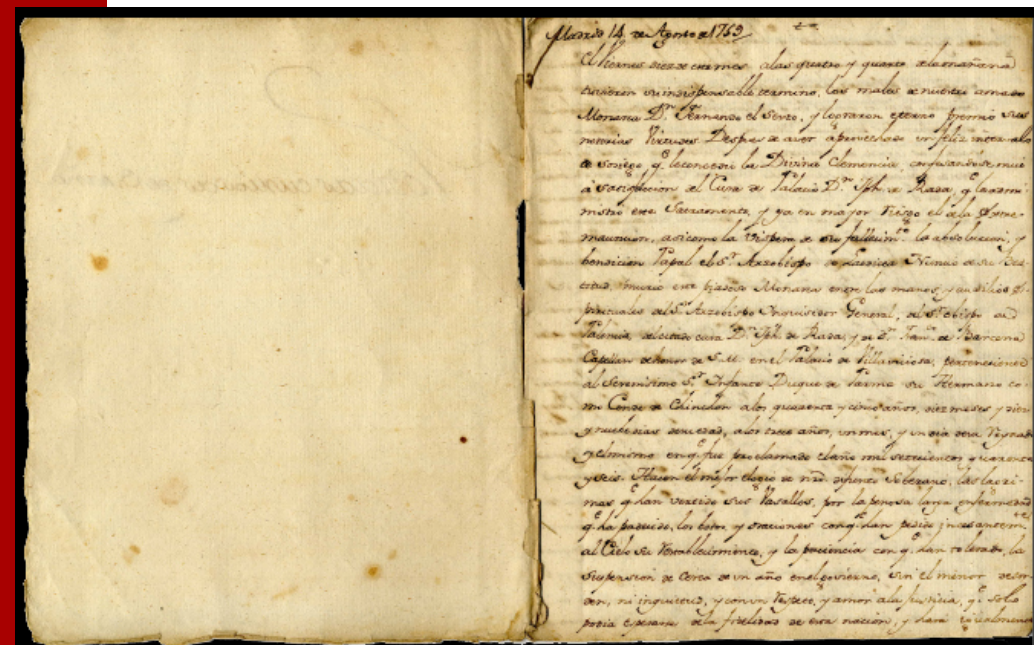


Difundir y dar a conocer al gran público el rico Patrimonio Documental custodiado en el Archivo General de Andalucía es el objetivo marcado con el ciclo "El Documento del mes". Por ello, seleccionamos mensualmente de entre nuestros fondos una pieza destacada por su relevancia histórica y cultural, para sacarla a la luz y difundirla de manera comentada, intentando hacerla accesible a todos los ciudadanos.

Horario de visita, de lunes a viernes, de 9 a 14 horas.
Patio del Archivo.



Archivo General de Andalucía
C/ Almirante Apodaca, nº 4
41003 Sevilla
informacion.aga.ccul@juntadeandalucia.es
Telf.: 955 024 500
Fax: 955 024 512



Una crónica sobre las exequias a la muerte de Fernando VI (1759)

Código de referencia: AGA, Fondo Arias de Saavedra, caja 3717.10.

Título: Las exequias a la muerte de Fernando VI

Fecha: 14 de agosto de 1759

Características físicas: Manuscrito. Papel. 7 hojas en cuarto.

Fernando VI (1712-1759)

Nace en Madrid en 1712, hijo de Felipe V y de María Luisa Gabriela de Saboya. En 1729 contrae matrimonio con Bárbara de Braganza, proclamándose Rey de España en 1746, tras la muerte de su padre.

Durante su reinado impulsó una política de neutralidad y paz en el exterior, tras el convulso reinado de su padre, a la vez que se llevaron a cabo una serie de reformas internas propugnadas por el marqués de la Ensenada.

Gracias a su política se estimularon las artes, la industria y la ganadería. Reflejo de ello es la fundación de las Academias de San Fernando de Bellas Artes, de Madrid, y de Buenas Letras, de Sevilla.

En agosto de 1758, tras el fallecimiento de la Reina en el palacio de Aranjuez, Fernando VI decide marchar al castillo de Villaviciosa de Odón para hallar sosiego ante el profundo dolor que sentía por la pérdida de su esposa. Allí se rodeó de una pequeña Corte, mereciendo especial mención el infante Luis Antonio de Borbón y Farnesio y su entrañable amigo Farinelli. Pronto la salud física y mental del monarca –depresivo crónico desde joven- se fue deteriorando de forma alarmante, dejando de lado los asuntos de gobierno. Las manías hicieron su aparición, llegando al extremo de encerrarse en una pequeña habitación de la primera planta del castillo, en la que fallecía el día 10 de agosto de 1759.

Sus restos fueron depositados por su expreso mandato en la iglesia de la Visitación, del convento de las Salesas Reales de Madrid –desde el s. XIX convertida en la iglesia parroquial de Santa Bárbara- junto a los de la Reina.

El documento

El relato que conforma el presente documento apareció impreso en *La Gaceta de Madrid* el 14 de agosto de 1759, de donde posiblemente lo copió el cronista. Su existencia dentro del fondo documental de la familia Arias de Saavedra viene motivada por los vínculos que los miembros de esta familia, en su título de Marqueses del Moscoso, mantuvieron con la Corte real, en la que desempeñaron diversos oficios de manera continuada.

La narración se inicia con el fallecimiento del rey a las cuatro y cuarto de la mañana del viernes 10 de agosto de 1759, *“en que tuvieron su indispensable término los males de nuestro amado Monarca”*, pasando a exponer las providencias dadas con ese motivo por la Reina Madre para proceder al entierro real.

La crónica sobre las exequias reales

El duque de Béjar, sumiller de Corps, dispuso el velatorio del cadáver acompañado por dos ayudas de cámara, dos religiosos de san Pedro de Alcántara y dos médicos de cámara, e instalando tres altares en los que decir misa ininterrumpidamente.

Una vez amortajado, el cuerpo fue introducido en una caja de plomo, colocada dentro de otra de madera, cubierta de seda y oro, y cerrada con tres llaves. El féretro fue conducido al salón grande del Palacio y dispuesto sobre un catafalco, coronado por un dosel. El cuerpo fue entregado de manera formal al duque de Alba, mayordomo mayor, y posteriormente a la guardia de los Montero de Espinosa. En esta estancia fue oficiada misa de pontifical por el obispo de Palencia. Al día siguiente, reunidos los caballeros de la Orden del Toisón de Oro procedieron a quitar al monarca el collar, entregándoselo al guarda joyas real, como era la costumbre.

El domingo 12 de agosto, a las cuatro y media de la mañana, fue colocado el cuerpo en el carruaje fúnebre o *“estufa”*, siendo conducido en solemne procesión desde Villaviciosa de Odón a la iglesia de la Visitación, del convento de las Salesas Reales de Madrid, a donde llegó sobre las diez de la mañana. La suntuosidad de la fúnebre comitiva fue exponente de la ostentación de la nueva monarquía hispánica producto del absolutismo borbónico del siglo XVIII.

Llegado el cortejo a su destino, fue bajado el cuerpo del carruaje por los Caballerizos de Campo reales, siendo depositado sobre un túmulo preparado al efecto, al son de una descarga general de la tropa. Una vez dentro, rodeado de todo el séquito, el obispo de Santander ofició la misa de pontifical, acompañada por los músicos de la real capilla.

Terminados los actos religiosos, los Grandes de España y Mayordomos transportaron el cadáver hasta el coro de las monjas, donde el duque de Alba lo entregó a la priora del convento después de reconocer el cuerpo a través del cristal que tenía la caja de plomo, siendo cerrada a continuación en presencia de toda la comunidad.

De todo ello dio fe el marqués de Campo Villar, Secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia, como Notario Mayor de los Reinos.

